

---

## LA IMPORTANCIA DE LA TEOLOGÍA PARA LA IGLESIA DE HOY

Por Gonzalo A. Chamorro

---

En los últimos 25 años, las sociedades han experimentado un “giro copernicano” en su visión de la realidad del mundo. Les ha tocado presenciar la transición de una cultura moderna a una postmoderna.

El nuevo paradigma filosófico-cultural que ha caracterizado la cosmogonía contemporánea, ha estado marcado por tendencias seculares como el pluralismo, el materialismo, el relativismo ético y el narcisismo (John Stott, *El Discípulo radical*). A esto, se le agrega la carencia de inquietud intelectual que se aprecia en una generación cada vez más utilitarista y pragmática. Toda esta realidad amenaza constantemente con absorber al cristianismo a una simple opinión cultural. Por esto, la teología –que es un discurso sobre o acerca de Dios) debe cobrar actualidad, ya que:

Una cultura que no busca fuentes de sentido y de orientación última, que se cierra pragmáticamente en lo verificable inmediato, se vuelve “in-sensata”, nutriendo así los impulsos de violencia y de desesperación que el ser humano sufre cuando no encuentra luz y sentido último; una iglesia sin teología está al borde del olvido de su ser y de su misión, quedando a merced de todas las tentaciones. Una religión sin teología es un peligro para la sociedad y una teología sin fe es un peligro para la Iglesia. (Olegario González de Cardedal, *El quehacer de la teología*).

Sobre esta base, se hace necesario –como dijo el teólogo monástico Ricardo de San Víctor– “pasar de la fe a la inteligencia de la fe”, es decir, hacer lo posible por comprender y practicar lo que creemos, donde la teología –que nace del corazón de la misma fe (Clodovis Boff) –, es según la definición de Anselmo de Canterbury “la fe que ama saber”.

Hoy es de suma relevancia para el “cuerpo de Cristo” recordar las palabras del apóstol Pablo quien expresó; “Me consta que ustedes tienen celo por Dios, pero su celo no se basa en el conocimiento.” (Rom. 10:2 RVC). Por esto, el intelecto debe desempeñar un papel fundamental a la hora de argumentar una nueva gramática de la fe en un contexto donde se

nos invita volver a lo esencial. Sobre todo ante el desmedido relativismo cultural al que nos enfrentamos en la actualidad.

La teología evangélica está en una encrucijada. Estamos frente al ineludible deber de escudriñar las Escrituras para asegurar que nuestra fe es realmente una fe evangélica (no en el sentido confesional) y no solamente un rígido escolasticismo protestante. Tenemos que escuchar y evaluar las nuevas ideas, con una mente suficientemente humilde y profundamente crítica. (Juan Stam, *Los toros que son y la puerta que es*).

En el proceso –del quehacer teológico– todos los creyentes deben de desarrollar una profunda honestidad intelectual y una integridad teológica frente a tanta deficiencia ético-hermenéutica. Debemos saber que el discurso teológico, no es cualquier discurso. Es discurso sobre la más grande y sublime realidad, que es Dios (Juan Stam, *La ética del discurso teológico*).

Es mi deseo que el “cuerpo de Cristo” piense a partir de la teología “el escenario cultural de fondo en el que somos llamados a dar testimonio de Jesucristo, a una cultura que, en su esencia, se nos revela en su actitud fundamental ante la cuestión de Dios y nos invita a preguntarnos una vez más por las razones de nuestra fe y nuestra existencia cristiana.” (George Agustín, *El problema de Dios hoy*). Hoy más que nunca debemos actualizar las palabras del apóstol Pablo:

*Esto es lo que pido en oración: que el amor de ustedes abunde cada vez más en conocimiento y en buen juicio, para que discernan lo que es mejor, y sean puros e irreprochables para el día de Cristo, llenos del fruto de justicia que se produce por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios. Filipenses 1:9-11*